

ESCOGIDOS.

ADVERTENCIA.

El Salvador del mundo, en sus divinas instrucciones, nos ha repetido muchas veces, *que son muchos los llamados y pocos los escogidos* (MATTH. XX, 26). Por eso nos exhorta á entrar por *la puerta angosta, porque la puerta ancha, nos dice, y el camino espacioso, son los que conducen á la perdicion, y son muchos los que entran por él* (MATTH. VII, 13 ET 14). ¿Puede darse cosa más clara que estas palabras? Pues esto es lo que enseñaba en público el Hijo de Dios, esto es lo que repetía á sus discípulos, y esto es lo que representaba bajo diferentes figuras.

Ahora bien; ¿conviene ó no explicar esta verdad al pueblo, y tratar de ella en el púlpito?

Responden algunos á esta pregunta, que la idea del corto número de los escogidos turba las conciencias, y que es una materia que acobarda y desespera; olvidando, que el Apóstol nos exhorta á obrar nuestra salvacion con temor y temblor; que es oportuno turbar alguna vez las conciencias, por no dejarlas dormidas en un sueño engañoso; y, por último, que aquella idea solo nos inspira cobardía y desesperacion cuando no se entiende bien, cuando se explica mal, y cuando se lleva más allá de sus límites.

Para no tropezar, pues, en una materia tan delicada, y evitar lastimosos extremos, el orador que desea formar un discurso sobre el corto número de los escogidos, debe, en nuestro concepto, establecer ántes los siguientes principios y apoyar en ellos sus pruebas.

I. Que todos tenemos derecho de esperar, que seremos del número de los escogidos. Este derecho se funda en la bondad y misericordia de Dios, que nos ama á todos como obra suya; y sobre las promesas que nos ha hecho. Se funda en los méritos infinitos de Jesucristo, de los cuales participamos, y en la gracia de nuestra adopcion, porque todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, *hemos adquirido un poder especial de hacernos hijos de Dios* (I JOAN. III, 1).

II. Que no solamente tenemos todos derecho, sino obligacion indispensable, de esperar, que seremos del número de los escogidos. Por-

que del mismo modo que nos manda Dios, que todos esperemos en él, nos manda que le creamos y que le amemos. La esperanza en Dios es para nosotros de igual obligacion que la fé y que el amor de Dios; y estar obligado á esperar en Dios, es estar obligado á esperar su reino, la posesion eterna de su gloria, y la felicidad de sus escogidos.

III. Que no hay pecador alguno, que no deba conservar esta esperanza, y que no cometa un nuevo pecado cuando la llega á perder: que no se haga culpable del mas enorme delito, ó por mejor decir, que no ponga el sello á todos sus pecados, cuando renuncia del todo á esta esperanza y la abandona. Puede ser uno actualmente pecador, y llegar el dia de mañana á ser del número de los escogidos, de que tenemos auténticos ejemplares en S. Pedro, S. Pablo y la Magdalena. Pero esto no es permaneciendo siempre pecador, sino convirtiéndose y haciendo penitencia. Y pues no hay pecador cuya conversion no quiera Dios, todos deben conservar en su corazon la esperanza.

ESCOGIDOS.

(CORTO NÚMERO DE LOS)

I.

Multi sunt vocati, pauci vero electi.

Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

(MATTH. XXII, 14.)

Con esta terrible sentencia concluye Jesucristo la parábola del Evangelio de este dia, en el que compara el reino de los cielos á un rey, que dió un gran banquete para celebrar las bodas de su hijo. A estas bodas convidó á muchas personas que rehusaron asistir. Entre los que asistieron, se halló uno, que no iba en traje de boda; y el rey le dijo: amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Mas él enmudeció. Entónces ordenó el rey á sus ministros, que á aquel infeliz le arrojasen atado de piés y manos á las tinieblas exteriores, ó sea al lugar de eternos tormentos.

Tan cierto es, concluyó diciendo el Salvador, que muchos son los llamados y pocos los escogidos: *Multi etc.* Terrible verdad, herma-

nos míos, que ha llenado de espanto á los más grandes santos, y que no puede ménos de infundir en nuestro corazón un terror saludable, por débiles que sean nuestros sentimientos religiosos. Cuando yo considero que la misma verdad, á quien solamente es conocido el número de los predestinados, es quien nos asegura en términos precisos y formales, que será corto el número de los escogidos; ¡ah! tiemblo y puedo decir como el rey Profeta: hasta mis huesos se estremecen: *Conturbata sunt omnia ossa mea* (Ps. vi, 3). Con efecto, para hacer temblar aún á los más intrépidos, basta saber, que, después de la muerte, habrá un juicio terrible, que decidirá de nuestra eternidad, de suerte, que los que en este juicio serán condenados, padecerán eternos tormentos. La seguridad de que el número de los réprobos, tal vez, será el menor, podría disminuir algún poco este temor; pero la fé nos dice, al contrario, que son pocos los escogidos: *Pauci electi*.

De todas las verdades evangélicas, hermanos míos, esta es la que me parece más propia para consternar á los pecadores. Tratemos, pues, hoy, de penetrarnos del temor saludable que ella naturalmente inspira; mas guardémonos de caer en el extremo contrario, atribuyéndola un sentido diferente del que tiene en el Evangelio. No permita Dios, carísimos hermanos, que demos motivo al pecador para arrojarse en brazos de la desesperación. Si es necesario temer, también lo es trabajar con gran confianza en el importante asunto de la salvación. Estos dos sentimientos me propongo inspiraros en este día, en que voy á manifestaros, quiénes son los llamados, y quiénes los escogidos. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nosotros, hermanos míos, somos extranjeros y peregrinos en este mundo, conforme nos lo enseña el apóstol S. Pedro: *Obsecro vos tanquam advenas et peregrinos* (I PETR. II, 11). Somos extranjeros, en efecto, porque nuestra patria no es la de aquí abajo, ni nuestro reino es de este mundo. No, no tenemos morada fija en la tierra, ni al rededor de nosotros encontramos nada que responda á nuestro corazón. Nuestra alma es hija del cielo; nuestro padre está en el cielo, nuestra patria es el cielo; somos extranjeros, y al propio tiempo peregrinos, porque no hacemos más que pasar, y el mundo mismo donde pasamos, pasa también, impulsado, como nosotros, por el tiempo, viajero infatigable que todo lo arrebató. Caminamos siempre, nos precipitamos los unos sobre los otros como las olas; las generaciones que nos suceden serán impotentes para fijarse en nuestro lugar; empujados los unos por los otros, caemos todos en el fondo del sepulcro. Nuestra peregrinación es un asunto importante; de él depende nues-

tra salvación, y, sin embargo, no nos ocupamos de ella, no pensamos sino en las cosas del tiempo; no suspiramos sino por las cosas terrestres. Nuestra esperanza se detiene al parecer ante el horizonte de este mundo. Nosotros nada percibimos más allá del corto número de años que vamos á pasar aquí abajo; por eso, cual hijos pródigos, disipamos nuestra sustancia lejos de nuestro padre celestial, y ciframos nuestra felicidad en los placeres más abyectos de la tierra. Operarios ociosos, permanecemos años enteros sentados en la plaza pública, sin hacer nada para la vida eterna; vivimos solo para nuestros cuerpos, como si nuestra alma no fuese más excelente, y no tuviese que ser el principal objeto de nuestra solicitud. Servidores infieles, mayordomos tramosos, abusamos de las gracias. Somos cristianos, hemos sido redimidos con la sangre de Jesucristo, que nos alimenta con su misma sustancia, nos prodiga sus gracias, y, sin embargo, ¿de qué manera vivimos? ¡Ah! reunámonos al ménos una vez durante el curso del año, en un retiro; recordemos estas verdades; echemos una mirada á nuestro alrededor para considerar donde estamos, apreciar el camino que hemos andado, y meditar sobre el que nos queda por andar.

Por lo demás, hermanos míos, en medio de esos aturdimientos, de esos desvanecimientos en los cuales vivimos, la gracia no nos abandona: ella nos persigue, nos busca, nos llama de continuo á todos. La voz de Dios se sirve de una multitud de vehículos, para hacer llegar á nuestros corazones agitados y distraídos la verdad y la luz: la gracia se presenta bajo diferentes formas para tocar nuestro corazón, para hacernos volver hácia Dios, para poner á nuestra vista la necesidad de salvar á nuestra alma, para recordarnos lo que nosotros somos, y las promesas inmortales que nos han sido hechas. ¡Ah! notad de cuántas maneras Dios nos llama, ya desde nuestra infancia. ¿No es verdad que aún en la más tierna niñez, sentíamos á veces en nuestro corazón la voz de Dios, no sé qué afición á la oración, no sé qué atractivo misterioso que nos impulsaba á levantar nuestras manos hácia el cielo? Y en la adolescencia, en este período tan delicado, esa misma voz de Dios se revela exteriormente en las sensaciones más vivas, en no sé qué melancolía, en cierta tristeza religiosa que se lleva en el mundo; se está triste, sin saber por qué; el mundo se presenta bajo formas sombrías; y en el mismo instante en que nos sonríe, encontramos, examinándolo de más cerca, que solo nos ofrece desengaños en medio de sus disipaciones; á cada paso, aún en el seno de los placeres, se pregunta uno á sí mismo: ¡Cómo! ¿no es más que esto? ¿y tan pronto ha concluido? Sentimos dentro de nosotros alguna cosa que nos llama, una cosa muy superior á todos los grandes espectá-

eulos que se ofrecen á nuestra vista; necesitamos algo más. Dios nos llama con un atractivo misterioso; ¡dichosos nosotros, cuando seguimos este atractivo! pero ¡desgraciados mil veces, cuando resistimos á esa voz de Dios! porque entónces esa voz tan cariñosa se convierte en un remordimiento; del fondo de la conciencia sale una luz lúgubre que anuncia la tempestad; en la oscuridad de nuestra alma percibimos todas las infidelidades, todas las perfidias, toda la ingratitude de que nos hemos hecho culpables hácia Dios, y de ahí todas esas torturas interiores, esas penas, esas aflicciones secretas del alma, cuando se desprecia la gracia, cuando se desconoce la voz de Dios.

¡Ah! esos tormentos, esas aflicciones, no nos perdonan casi nunca. Dios nos habla incesantemente en la edad madura y aún hasta en la última estacion de la vida. Así, pues, todas las vicisitudes que experimentamos son voces de Dios, que nos advierte. Las palabras que suenan en la cátedra santa, esta solicitud con la cual la Iglesia, especialmente en ciertas épocas, multiplica el pan de la palabra de Dios para hacernos oír la verdad, para que volvamos en nosotros mismos, para que descendamos al fondo de nuestro corazón, y oigamos lo que Dios nos dice. Cuando esta voz exterior, junto con la voz de la conciencia, no produce en nosotros ningun efecto, Dios habla por medio de calamidades espantosas; á fin de que seamos dóciles á su voz, nos hiere algunas veces en los objetos que nos son más queridos: ora nos arranca un amigo íntimo, una persona que era nuestro ídolo, y que reemplazaba en nuestro corazón el amor de Dios; ora un padre, una madre, una esposa, un hijo idolatrado nos son arrebatados: esta pérdida abre una profunda herida en nuestra alma, como si nos hubiesen arrebatado una parte de nosotros mismos, como si una parte de nosotros mismos hubiese volado al cielo; y entónces, por esta sangrienta herida entra en nuestra alma la gracia divina, y el dolor nos instruye, nos consuela, como consoló á nuestros Profetas: «Señor, tu palo y tu vara, dijo David, han sido mi consuelo.» Después, los sucesos á que asistimos, las catástrofes sociales que nos espantan, cuando todo se derrumba, cuando las más poderosas fortunas desaparecen, cuando todas las ilustraciones se eclipsan, cuando ya no queda nada sólido, á no ser la religion, ¡oh! entónces parece que Dios quiere forzarnos con aflicciones é instrucciones vivas y palpitantes, á buscar lo verdadero, y á reconocer, que todo es vanidad fuera de él, fuera de las promesas inmortales hechas al hombre. Así nos habla Dios, así nos llama; por consiguiente, todos somos llamados. Veamos ahora cuáles son los escogidos.

2. Muchos llamados y pocos escogidos! Estas palabras son de

Jesucristo. Muchos son los llamados; pero yo me atreveré á decir, que no solo hay muchos llamados, sino que los somos todos. Llamados somos todos á la salvacion, pues Jesucristo murió por todos. Dios nos crió para hacernos felices, y quiere que nos salvemos. Pero, hermanos míos, si todos somos llamados á la felicidad, ¿de qué dimana que no todos somos escogidos, y que entre tantos llamados, hay tan pocos escogidos? ¿De qué dimana eso? La contestacion es sumamente sencilla. Hay pocos escogidos, porque hay pocas almas que respondan al llamamiento. Los unos cierran los ojos y los oídos para no ver, para no oír el llamamiento de Dios; los otros oyen este llamamiento, pero no responden. Algunos responden y se ponen en camino; pero estas almas no siguen la via recta; los hay, en fin, que, hasta en el buen camino, no llegan al término, porque estas almas caen y no se levantan.

¡Ah! sí, hermanos míos, no hemos de juzgar de estas verdades por la especulativa; hemos de ver á los hombres tales como son, ver las realidades de la vida; hemos de hacer constar los actos de la mayoría de los hombres. ¿Y cómo viven éstos en la tierra? ¿Cómo viven los más de los cristianos? ¿Por ventura esta muchedumbre de almas indiferentes atiende al llamamiento de Dios? ¿Por ventura se cuidan de lo que Dios les pide? Todos esos hombres ébrios de una alegría enfermiza, esclavos de las exigencias terrestres, que solo sueñan con la dicha de la vida material, aunque sean los más infelices del mundo, decidme, hermanos míos: ¿de qué manera responden al llamamiento de Dios esos hombres, esos cristianos, ya que es preciso darles este nombre? Para ellos la vida no es más que una breve locura, un desórden; y nunca se han hecho esta pregunta: ¿Por qué estoy en este mundo? De suerte, que esos hombres dejan sus almas inculcas, estériles, secas. Solo conocen este mundo, que tan poca cosa es, y con todo, á cada paso viene á vernos la muerte, que recorre nuestros círculos con espantosa rapidez. Admitamos, por un momento, que la felicidad pueda existir en la tierra, que podamos encontrar en ella todos los bienes imaginables, las libertades más amplias. Ahora bien: ¿cuánto tiempo durará eso? Nosotros vivimos muy poco tiempo; nuestra carrera es tan corta, que su término está cerca. ¿A qué agitarse con tanta inquietud, á qué tanto trabajar, para adquirir una dicha que, por otra parte, nunca se alcanza, y que aún cuando alcanzarse pudiera, sería preciso abandonar presto?

Yo pongo los ojos en la estadística del orbe, y me digo: Hay calculistas hábiles, matemáticos ilustrados que han probado, que cada año muere, á poca diferencia, la cuadragésima parte de los hombres

esparcidos en la superficie del globo; y como, segun la creencia moderna, hay dos mil millones de habitantes en la tierra, de aquí se deduce, que anualmente mueren veinte y cinco millones de hombres, esto es, más de dos millones al mes, y, por consiguiente, cerca de setenta mil cada día. ¡Setenta mil moribundos, setenta mil muertos cada día! ¡Y no pensamos en ello! ¿Acaso la guadaña suspendida sobre vuestras cabezas no os herirá nunca? ¿Acaso os escapareis? No, hermanos míos. Si el velo que nos oculta los siglos eternos cayese de repente; si nuestros ojos pudiesen contemplar por un solo instante las cosas que, en este momento, nos son invisibles, ¡ah! espectáculo lamentable! veríamos, una infinidad de hombres caer como copos de nieve en los abismos de la perdición, y hasta en el fondo de los infiernos. Hay, empero, hombres, que oyen y comprenden lo que Dios les pide; pero vacilan siempre y nunca realizan lo que su corazón ha resuelto. Yo oigo decir á hombres respetables, arrastrados por el torbellino de los negocios del mundo: No tengo tiempo, mis ocupaciones me lo impiden; más tarde me ocuparé en las cosas del cielo; ahora no es posible. Así se rechaza el llamamiento de Dios, y esta voz, despues de llamar mucho tiempo en vano, acaba por no dejarse oír más. Vendrá otro tiempo, decís vosotros. ¿Y cuándo vendrá ese tiempo? ¿Estais bien seguros de ese otro tiempo? ¿Por qué diferir lo más esencial y más importante de la vida? Empezad, pues, por lo principal, luego mirad por lo demás, que nunca os faltará, segun la palabra de Dios: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás os será dado por añadidura.» Hay otros que oyen el llamamiento de Dios, que responden al mismo, que se ponen en camino y se pierden. ¿Por qué? Por que son hombres que solo creen en si mismos, y no siguiendo más que sus propias inspiraciones, embarcanse cual imprudentes pilotos, sin conocer los mares, ó mejor, se embarcan sin ningun piloto; viajan, y trepan por altos montes sin guía alguno; son hombres orgullosos, que pretenden andar al resplandor de sus propias luces, y se pierden sin remedio.

Finalmente, carísimos hermanos, digo en conclusion, que hay muchas almas, un gran número de almas, que se pierden en el buen camino; son almas rectas, hermosas, que siguen el sendero de Dios, el sendero de la salvacion, perfectamente guiadas, y que, sin embargo, se pierden. ¿Por qué esas almas no se cuentan en el número de los escogidos? Porque son almas que se desalientan, almas que caen, y que, en vez de levantarse, se quedan en tierra; almas que desesperan de la misericordia de Dios por haber cometido algunas faltas, y no comprenden, que la sangre de Jesucristo mana perpétuamente por

nosotros, y que siempre les está ofrecida la misericordia, en razon á que son almas que aún están en la tierra, y á que no hay pecado sin misericordia. Esas almas piensan: ¡Ah! Dios no me perdonará, he pecado demasiado; ó bien: Mis iniquidades son harto grandes, no llegaré á convertirme; comenzaré, más no perseveraré. Son almas, que desconfian de sí mismas, y tienen razon; però no confian bastante en Dios, y no la tienen. Cuanto más debemos desconfiar de nosotros mismos, tanto más hemos de tener confianza en Dios, en la gracia y el auxilio de Dios, que no nos abandonará nunca. Hé ahí, hermanos míos, lo que tenia que deciros. Todos podeis ver y comprender muy bien, que si no pertenecemos al número de los escogidos, será por culpa nuestra. Muchos llamados y pocos escogidos; eso no es una sentencia, sino una conclusion lógica que resulta de la observacion, de la averiguacion de los hechos. Ved cómo va el mundo; ved quienes son los que responden al llamamiento de Dios, y vosotros mismos confesareis, que, en efecto, hay muchos llamados y habrá pocos escogidos. Así, pues, hermanos, el voto más tierno y más vivo que á Dios dirijo en este momento, es, que todos seais escogidos.

Acuérdome de que S. Juan Crisóstomo, predicando un dia delante de un inmenso auditorio, hablaba del mismo asunto que acaba de ocuparnos, y, de improviso, mirando la muchedumbre reunida en torno de su púlpito, su voz se altera, su palabra se ahoga en sus lágrimas: los fieles, inquietos, se levantan, y le preguntan: ¿Qué es eso? Padre, padre, ¿qué teneis? Y él les contesta: Os miraba á todos, hijos míos, y me preguntaba: ¿Quiénes son los llamados? ¿Quiénes serán los escogidos? Y si nuestro Señor Jesucristo viniese, en este momento, á separar el buen grano de la cizaña, ¿quiénes de vosotros fueran colocados á la izquierda, quiénes á la derecha? ¡Ah! el santo predicador lloraba, porque veía en su sabiduría y discernimiento, que la mayoría de los cristianos, que le oían, se hallarian entre los réprobos.

Yo abrigo diferente opinion; y al consideraros, carísimos hermanos, al contemplaros de aquí, de lo alto del púlpito, ruego á Dios que me conceda la gracia de encontraros al pié de su trono, en medio de los escogidos. Para ello, recibid su palabra de vida en vuestros corazones; olvidad, os ruego, al hombre que os habla. Yo he suplicado al Señor, que me haga desaparecer completamente; no quiero ser más que una voz que hable su palabra; solo le pido una cosa: vuestra salvacion. ¿Qué me importa la forma ó la elegancia de la palabra? Hablaré de la manera más vulgar; desecharé toda frase pretenciosa, toda elocuencia; solo quiero labrar la salvacion de vuestras almas, á fin de que vosotros, á vuestra vez, podais derramar en torno vuestro la

gracia, la alegría, la paz, y de qué todos juntos podamos gozar en la morada eterna las recompensas prometidas á los escogidos.

ESCOGIDOS.

(TODOS PODEMOS SERLO.)

II.

Videns civitatem, flevit super illam.

Poniéndose á mirar la ciudad, derramó lágrimas sobre ella.

(Luc. xix, 41.)

Al entrar el Salvador como en triunfo en la ciudad de Jerusalem, lloró sobre el estado de esta infeliz ciudad, previendo los males que debían sucederle por su obstinacion. Veíala en visperas de colmar la medida de sus delitos, dándole una muerte infame, y enterneciala la perdición temporal y eterna de tantos judíos. Lloremos también nosotros, hermanos míos, la reprobacion de tantos malos cristianos, que, sordos como los judíos á los avisos de Dios, y siempre negligentes en aprovechar el tiempo en que Dios los visita, y los momentos favorables de su conversion, mueren, por último, infelizmente en el pecado. Jesucristo nos ha dicho repetidas veces y en términos explícitos, que los escogidos son pocos. Verdad terrible, que debe inspirarnos un saludable temor. No pretendo, empero, arredraros, demostrándoos cuán pocos son los escogidos; al contrario, quiero haceros ver, que todos podemos ser de este número, y que si no lo somos, es por nuestra culpa. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios nos quiere salvar, y muchas veces no queremos nosotros: nos dá sus gracias, y nosotros abusamos de ellas: de aquí viene la pérdida y la desgracia de tantos réprobos. Establezcamos estas tres proposiciones, y se verá, que si nosotros no somos del número de los predestinados, es por nuestra culpa. Dios quiere salvarnos: verdad

ciertísima, expresamente declarada en la Sagrada Escritura. Sabed, dice S. Pablo, escribiendo á los Tesalonicenses, que la voluntad de Dios es que vosotros seáis santos: *Hæc est enim voluntas Dei sanctificatio vestra* (I THES. IV, 3) y en la primera á Timoteo (I TIM. II, 4) ordena, que en las asambleas de los fieles se pida por todos los hombres de cualquier cualidad y condicion que sean, siendo está una cosa agradable á Dios, que quiere, que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad: *Hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui vult omnes homines salvos fieri, et ad cognitionem veritatis venire*. Es, pues, una cosa constante, que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y, particularmente, de los cristianos, como dice el mismo Apóstol: *Salvator omnium hominum, maxime fidelium*. (I TIM. IV, 10). No obstante, es cierto, que aunque Dios quiera salvarnos, muchas veces no queremos nosotros. Dios nos llama, y nosotros no pensamos en corresponder á sus designios, ni en vivir de un modo digno de nuestra vocación. La Escritura está llena de semejantes cargos; pero yo me contento con el que Jesucristo hizo á los judíos, algun tiempo ántes de su muerte. Jerusalem, ¡oh ingrata Jerusalem! exclamó (MATTH. XXIII, 7). ¿Cuántos Profetas y predicadores no te he enviado para convidarte á penitencia? pero en vez de escucharlos, los has apedreado y hecho morir. ¡Ay! ¿cuántas veces he querido yo mismo juntar tus hijos bajo las alas de mi misericordia, como la gallina junta sus polluelos debajo de las suyas, y tú no has querido? *Et noluisti*. Tales son tambien los cargos que os hace á vosotros, pecadores. ¿Cuántas veces os ha dicho, vuélvete á mí, hijo mio, vuélvete á mí de tus desórdenes, que yo olvidaré todo lo pasado? *Et noluisti*. ¿Cuántas veces os ha advertido, por la voz de vuestros pastores y de los confesores, que os condenareis, si no dejais vuestras depravadas costumbres! No obstante, siempre habeis cerrado los oídos á sus advertencias, y nunca habeis querido rendiros, ni convertirnos. Es, pues, cierto, ¡ay! es demasiado cierto, que no queda por Dios, sino por nosotros que no nos salvemos.

Dios nos dá sus gracias, y nosotros abusamos de ellas. Está pronto á darnos su luz, aquella luz interior y espiritual, que alumbrá nuestras almas; pero nosotros, de nuestra parte, no estamos siempre prontos á recibirla. ¿Qué es lo que lo impide? nuestra mala voluntad, que se inclina á otras cosas: nuestro entendimiento corrompido, que se deja cegar por una maldita concupiscencia y un funesto apego á las locuras del mundo. Abramos los libros sagrados, y en ellos veremos, que Dios se queja continuamente de nuestra ingratitud y de la